



# PRÓLOGO

NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ



## Black & White

Los etnógrafos del periodo clásico se encontraron por lo menos con dos retos. No obstante, cuando no existía la palabra *etnografía* (o *etnología*), ni tampoco la idea de un saber con aspiraciones científicas sobre lo humano y sus diversas particularidades locales, uno de esos retos también lo fue para aquellos que hablaban de culturas, sociedades o medios alejados y raros, por desconocidos y notablemente distintos. Ese reto –y una manera de afrontarlo– lo encontramos, por ejemplo y sea dicho de paso, en Bartolomé de las Casas y sus descripciones de los pueblos amerindios en textos como la *Apologética. Historia sumaria*, que Anthony Pagden consideró la primera obra extensa de etnología comparativa escrita en una lengua europea.<sup>1</sup> Es decir, una cuestión siempre pendiente para aquellos que se han dedicado a describir costumbres extrañas con el fin de ponerlas en relación con las nuestras, ha sido el traer entre nosotros con *verosimilitud* lo que *prima facie* parecía absurdo e increíble por incomprensible. Conste que ese «poner en relación» es, según Franz Boas, lo que distingue el punto de vista etnológico del mero exotismo.<sup>2</sup> ¿Es posible que comieran aquellas cosas repugnantes, que cumplieran aquellos ritos tan sangrientos, que sus relaciones familiares fueran así, o que dedicaran tantos esfuerzos y energía a cosas que parecen tan irrelevantes? El lector de aquí, entre nosotros, tantas veces se hizo esas preguntas u otras semejantes cuando leía lo que los viajeros, cronistas o misioneros escribían para contarlo de vuelta a casa. ¿Cómo, pues, convencer a los escépticos, o mejor, cómo vencer la desconfianza inicial con la que el sentido común abordaba ese tipo de relatos salvaguardando, además, la idea de que los descritos eran parte del «linaje humano»? Las Casas, por seguir con el ejemplo, para vencer tal dificultad recurre a menudo a fórmulas testimoniales; él fue testigo de lo que cuenta, un testigo cuyo testimonio se deriva de todas sus capacidades sensoriales y de una prolongada familiaridad con lo que describe: «Todo esto lo expondré...no haciéndome eco...sino de la propia verdad y de aquello que yo vi con mis ojos, palpé con mis manos y escuché con avidez con mis propios oídos, durante los muchos años que viví entre aquellas gentes».<sup>3</sup> Pero es curioso, y a nuestros ojos u oídos paradójico, que, para acreditar su testimonio observacional, Las Casas recurra en última instancia a una autoridad externa a éste. Son las palabras de San Juan Evangelista al principio de su 1ª epístola –«...lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros...»– las que validan la *pertinencia* y relevancia de ese tipo de testimonio en ese asunto del que trata. En última instancia, es una remisión oblicua a la autoridad religiosa la que presta credibilidad a sus descripciones observacionales, no en el sentido de que sean o no fiables, sino de que sean oportunas en absoluto.

1 Pagden, Anthony: *La caída del hombre natural*. Alianza, Madrid 1988, p. 169.

2 Boas, Franz: «The History of Anthropology». *Science*, vol. 20, oct. 1904.

3 Las Casas, Bartolomé de: *Argumentum apologiae. Obras completas*. Alianza, Madrid 1988, vol. 9, p. 109.

Pero si ese efecto de realidad fue siempre preciso, aún lo fue más en el periodo en que la antropología pugnaba por ser aceptada institucionalmente como nueva ciencia humana, es decir, en el último tercio del siglo XIX y principios del XX. Más aún si tenemos en cuenta que la antropología como saber de la diversidad cultural tuvo que habérselas con múltiples relatos que reclamaban igual o mayor derecho a hablar propiamente de la alteridad cultural. Precisamente esta doble pretensión no solo de ser verosímil y convincente, sino de serlo a través de un discurso verdadero y objetivo exento de cualquier contaminación subjetiva, y ambas cosas en tiempos de una frágil correlación de fuerzas para la antropología, constituye el segundo reto al que me referí al principio. Competían con los etnógrafos, colonos, administradores coloniales, oficiales del ejército de la metrópoli destacados en las posesiones de ultramar, comerciantes, marinos, misioneros, incluso deportistas –véase el cuidado puntilloso de Marcel Griaule de distinguirse en público de las travesías o *raids* automovilísticos transaharianos y transafricanos. Todos ellos acreditaban cuando menos la antigüedad en el oficio, haber abierto rutas y accesos a parajes remotos, completado y pulido su cartografía, tener mejores habilidades lingüísticas, su mayor familiaridad, en definitiva, con el objeto de estudio que el etnógrafo reclamaba exclusivamente para sí. Pero es sabido que *ciencia* no es un término meramente descriptivo, sino valorativo, y la antropología, en su aspiración a presentarse como tal, emprendió un largo y sinuoso camino con el fin de erigirse en el único saber autorizado para hablar con legitimidad científica sobre la diversidad humana. Es decir, el único saber que en tal asunto podía presentarse como un saber objetivo, no ficticio ni fantasioso, exclusivo e inapelable (salvadas, claro está, las disputas de las diferentes escuelas, paradigmas, tendencias..., según el proceder *comme il faut* de las ciencias modernas).

Y para tal fin, la antropología o sus disciplinas subsidiarias, la etnografía y la etnología (aunque todavía se discute si son tres cosas distintas o, por el contrario, equivalentes), fue arbitrando en su periodo clásico –más o menos hasta la posguerra mundial de 1940– una matriz común a todos los que la practicaban fuera el que fuera su punto de vista teórico o de escuela: la observación participante en un trabajo de campo prolongado en el medio social que el etnógrafo hubiera elegido para su estudio. Llegados a este punto, a diferencia del caso de Las Casas, lo observacional no necesitaba de crédito externo alguno para reclamar su pertinencia. Tanto en el asunto de proporcionar objetividad a las descripciones etnográficas cuanto, en el límite, formular leyes generales que expresando regularidades causales propiciaran explicaciones de las instituciones estudiadas en una perspectiva comparativa (la magia, el parentesco, la dieta...). Pues no hay ciencia moderna –salvo las formales– que no se reclame empírica y experimental, por lo menos empírica (en el caso de las llamadas «ciencias humanas»), ya sea en la formulación de teorías o en su contraste y validación. De manera que fuera lo que fuera lo que los diferentes antropólogos pensaran sobre la posibilidad o no

de llegar a formular leyes generales y subsiguientes explicaciones, fuera mayor o menor su escepticismo sobre el acuñar teorías generales y emular hasta ese punto el patrón de las ciencias de la naturaleza, todos participaron de lo que se constituyó en santo y seña de la profesión: la observación participante en un trabajo de campo prolongado (bueno, hay que decir que siempre se fue muy caritativo respecto a cómo interpretar eso de «prolongado»). Tal cosa, en definitiva, constituía el principio de realidad de la disciplina.

Como es sabido, ese proceso de vindicación científica –y de exclusión o subsidiariedad de los otros saberes presentes– fue expuesto en sus líneas generales en el hoy famoso artículo de James Clifford, «Sobre la autoridad etnográfica», incluido en su no menos famoso libro *The Predicament of Culture* de 1988. Sobre él he de volver. Pero valga decir que según Clifford ese proceso de fragua de la autoridad etnográfica tiene como textos fundacionales –en el sentido de Foucault, es decir: como fundadores de un discurso donde muchos otros se inscribirán siguiendo sus reglas de composición– *We the Tikopia* (1936) de Raymond Firth, *Coming of Age in Samoa* (1928) de Margaret Mead, *Los nuer* (1940) de E.E. Evans-Pritchard, *The Andaman Islanders* (1922) de Radcliffe-Brown y, *last but not least*, *Argonauts of the Western Pacific* (1922) de Bronislaw Malinowski y el hoy célebrísimo «manifiesto programa» metodológico de su introducción. En cuanto a Marcel Griaule, que en este libro ocupa un lugar central –*et pour cause!*–, es citado para señalar las variaciones en la definición de la etnografía «intensiva» (respecto al Malinowski de *Los argonautas*). Ahora bien, Clifford se refiere a su escrito *Méthode de l'ethnographie* de 1957, un texto tardío de cuando la partida ya estaba jugada. Bien es verdad que en otros escritos se refiere profusamente al Griaule de *Dieu d'eau. Entretiens avec Ogotemmêli* (1948), pero en cuanto precursor de la antropología dialógica. En el asunto que nos ocupa, Clifford solo menciona, y no tematiza (cierto, un artículo es solo un artículo), la Misión Dakar-Djibouti de 1931-33, liderada por Griaule, con el fin de afirmar que el trabajo de campo se instituyó hegemónicamente antes en Estados Unidos e Inglaterra que en Francia.

Ahora bien, la Misión Dakar-Djibouti no fue cualquier cosa. Fue, para ser breve e impreciso, un hito fundamental en la peculiar manera en que se fraguó la autoridad etnográfica francesa en el periodo de entreguerras; además, contribuyó poderosamente a su institucionalización museística, pues el Museo del Hombre abrió sus puertas con una colección de objetos en gran parte provenientes de la colecta de campo de esa expedición (solo esa expedición trajo a su vuelta unos 3.600 objetos y 300 manuscritos etíopes). En cualquier caso, la Misión Dakar-Djibouti tuvo como matriz una retícula de conexiones y nexos de sentido donde se aunó surrealismo, *art noir*, prestigio del jazz, admiración por Conrad, exotismo colonial en todas sus variantes, la fundación del Instituto de Etnología en 1925... y la estirpe de Émile Durkheim y Marcel Mauss. Este libro vuelve sobre esa trama y pone de manifiesto los múltiples hilos que la traban; trama, por cierto, que no

ha suscitado toda la exégesis que se merece.<sup>4</sup> El lector, pues, tiene la oportunidad de apreciar, al hilo de este caso francés, cómo las tensiones y conflictos de los procesos que llevaron a la construcción de la autoridad etnográfica son notablemente distintos según fueran los diferentes ámbitos históricos, coloniales, lingüísticos, culturales y académicos donde se dieron.

Pero la Misión Dakar-Djibouti no solo aportó esa cantidad magnífica de objetos y manuscritos –con formas de expolio que fueron desde la sutileza a la neta violencia, como sabemos por ese libro inclasificable que roe la autoridad etnográfica desde dentro en el mismo momento de su constitución, *L'Afrique fantôme* (1934) de Michel Leiris. También trajo de vuelta a casa una cantidad ingente de fotografías, unas 6.000. Y a ello voy, dando un pequeño rodeo, pues este libro se llama *La pluma y la cámara*, y la fotografía y sus usos es eje del mismo.

Cuando los observadores comenzaron a ser observados, por parafrasear el título del conocido libro de Stocking, varias fueron las voces que se preguntaron por los entresijos –hasta cierto punto, el enigma– de que una experiencia personal, biográfica (la estancia del etnógrafo en el campo y toda su peripecia) pudiera llegar a convertirse en un texto científico (la monografía etnográfica que se escribe a la vuelta). Aspecto importante de esa curiosa etnografía de la actividad de los etnógrafos fue el atender a un respecto obvio, que, ciencia o no, las monografías etnográficas clásicas eran textos, peculiares sí, pero textos que leían los lectores de aquí. Clifford Geertz –y poco importan las disputas sobre «¿a quién se le ocurrió primero?»– defendió que el escrutar la relación entre el observador y el observado, productora de los informes, no se resuelve sin tener en cuenta otra distinta, la relación entre el autor y su texto. Y en este punto se cruza aquella cuestión que apunté al principio: el de la verosimilitud en pos de la credibilidad del relato. Hoy, ya lejos del periodo clásico, no es razonable pensar que tal credibilidad se deba ni a la información empírica de detalle –la masa de datos–, ni a la elegancia conceptual o aparato teórico que comportan dichos textos. Pues es cierto que seguimos leyendo y estudiando las monografías de Evans-Pritchard o Malinowski, aunque hoy en día ya nadie comparta sus supuestos teóricos. Ahora bien, respecto de la sustantividad fáctica hay que tener en cuenta que la detallada información, que supuestamente es meramente observacional, se nos transmite en asertos que son incontrastables. Así que nos encontramos con la paradoja de

4 Excepciones en nuestro país son los estudios de Fernando Giobellina Brumana «Entre Tintín y Tartarín: la misión Dakar-Yibouti en el origen de la etnología francesa» (2002), reelaborado en *Soñando con los dogón. En los orígenes de la etnografía francesa* (2005); las referencias de estas publicaciones las encontrará el lector en la bibliografía final. Posterior es el estudio, del autor de este libro y del que esto escribe, *La Misión etnográfica y lingüística Dakar-Djibouti (1931-1933) y el fantasma de África* (2009), publicado con ocasión de la exposición homónima que tuvo lugar en el MuVIM de Valencia el mismo año. Una huella de la misma puede apreciarse en el audiovisual <http://roderic.uv.es/handle/10550/34502>. También puede consultarse de ambos autores «*Sócrates chez les nègres*», *Quaderns-e. Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia* 15 (1) 2010, <http://roderic.uv.es/handle/10550/32668>. En un libro recientemente aparecido (*El lado oscuro*, Katz editores, 2014), Giobellina Brumana vuelve a analizar el entorno de la revista *Documents* donde se conocieron Griaule y Leiris.

que el carácter altamente concreto y empírico de las descripciones etnográficas se conjuga con una especie de irrefutabilidad. Si volviéramos hoy entre los azande –que tan minuciosamente describió Evans-Pritchard en su *Brujería, magia y oráculos entre los azande* (1937)–, nuestras descripciones serían diferentes y no por ello desautorizaríamos a Evans-Pritchard: podríamos perfectamente decir que los azande ya no son como eran en los años 30, o que nuestras descripciones y las suyas versan «sobre diferentes partes del mismo elefante». <sup>5</sup> Independientemente del escándalo que tales puntos de vista pudieran provocar en su día, creo que lo que señala Geertz es perfectamente razonable: que «hechos» o «datos empíricos» hay de muchos tipos y que, también, la relación entre «hechos» y «teorías» (o interpretaciones) no es siempre de la misma clase o del mismo tipo. Hay muchos tipos de premisas fácticas y muchos tipos de relaciones entre premisas fácticas y conclusiones, o dicho de otra manera: hay diferentes tipos de evidencias y diferentes maneras en que esas diversas clases de evidencia apoyan a diferentes tipos de discurso teórico. Piénsese en las diferencias que existen, siquiera sea *grosso modo*, entre lo que llamamos un «hecho» en el discurso de la economía o en el de la historia o en el de la física. En particular, en el caso de la antropología, esos datos empíricos o «hechos» siempre forman parte de un relato que escribe el antropólogo cuando vuelve a casa. Son los modos retóricos de producción de ese relato lo que cabe analizar cuando se trata de escrutar la relación del autor y su texto y los efectos de realidad y verosimilitud que aquéllos conllevan.

Ahora bien –y vamos ya con la fotografía–, los que han participado de este «giro retórico» en la antropología cuando hablan de «texto» están pensando, por lo general, en texto *escrito*. Pero *Argonauts of the Western Pacific* no es solo un texto escrito, incluye sesenta y seis láminas fotográficas. Podríamos poner tantos ejemplos que el lector encontrará en este libro que tiene entre sus manos. En principio, tal ausencia de reflexión sobre el uso de la fotografía en la etnografía del periodo clásico es llamativa. Porque la fotografía en cuanto forma de representación es totalmente acorde con la deriva que había tomado la etnografía en la afirmación de su autoridad, pues la observación participante otorgó un papel central a lo visual. De hecho el artículo de Clifford «Sobre la autoridad etnográfica» comienza con una contraposición que considera sintomática del quehacer etnográfico que se dispone analizar. La contraposición de dos imágenes del frontispicio de dos libros: el de la edición de 1724 de *Mœurs des sauvages américains* del padre Lafitau y el de *Argonauts of the Western Pacific* de Malinowski. En el primero se muestra al etnógrafo como a una joven sentada junto a un escritorio rodeada de objetos del Nuevo Mundo, de la Grecia clásica y de Egipto... En el segundo, una fotografía con el subtítulo «Un acto ceremonial del Kula». Clifford

<sup>5</sup> Geertz, Clifford: *El antropólogo como autor*. Paidós, Barcelona 1989, p. 15.

comenta que el grabado del libro de Lafitau no hace referencia a la experiencia etnográfica a pesar de los cinco años que el padre Lafitau pasó entre los mohawk estudiándolos. Su relato, dice, se presenta no como el resultado de una observación directa, sino como la escritura en un taller. Por el contrario, en el caso del libro de Malinowski, el frontispicio, en tanto fotografía, afirma la escena que presenta, pero sugiere también la del etnógrafo «componiendo activamente [dice] este fragmento de la realidad trobriandesa». Componiendo, sí; porque el mismo Clifford se encarga de señalar que el efecto de realidad de aquella gente representada que está realizando una ceremonia totalmente ajena a la cámara, espontáneamente, captada supuestamente sin ninguna intervención contaminante del etnógrafo en el *field* pero fuera de campo en la imagen, se quiebra si tenemos en cuenta que uno de los jóvenes inclinados ante el jefe trobriandés está mirando a la cámara. No es preciso que la fotografía esté posada, como tantas veces aparece dicho en *passant* en *L'Afrique fantôme* de Leiris: se encontraban asuntos, actividades que al día siguiente volvían a reproducir para fotografiar. Basta con pensar que en la fotografía todo encuadre supone una exclusión, todo lo que queda fuera de campo, y también lo que ocurre antes y después de la toma de la instantánea.

Este libro se inscribe, pues, en estos límites: analizar el rol de los distintos usos de la fotografía en el periodo de la construcción de la autoridad etnográfica. Pero lo hace centrándose en especial en el caso del uso que de ella se hizo, tanto en el campo como posteriormente en las publicaciones, en el museo y en el archivo, en el entorno de la Misión Dakar-Djibouti. Es decir, en torno a lo que fue la matriz de toda la etnografía africanista francesa posterior. Pero al tener como eje este asunto revela cómo la fotografía estaba en el mismo corazón o núcleo de la metodología griauliana, de su concepción de ésta (antes del giro que suponen las conversaciones con el ogon Ogotemmêli) no como la tarea solitaria de un etnógrafo omnisciente, sino de un equipo donde existía la división del trabajo en el que el «objeto fabricado» (en tanto hecho social, según Durkheim) y las «técnicas del cuerpo» exigían ese registro fotográfico como paso previo a la interpretación del sentido compartido por una comunidad.

Ahora bien, de la misma forma que la etnografía como género tuvo que afirmarse frente a otros discursos sobre la alteridad cultural, también hubo que desligar esa forma de inscribir la experiencia etnográfica, digo de la fotografía, de otros usos de la misma que, para abreviar, podríamos llamar «exotistas». Usos, estos últimos, que vienen determinados por dos fenómenos no tan alejados temporalmente entre sí y respecto del uso etnográfico: por una parte, la extensión de la fotografía como práctica popular; por otro, la posibilidad técnica de la reproducción seriada de fotografías en los libros y publicaciones periódicas. Ambos aspectos supusieron una avalancha oceánica de imágenes de la alteridad cultural a la que hoy estamos perfectamente acostumbrados, como si ese magma fuera nuestra segunda piel. El tiempo ha pasado, el suficiente como para perder la inocencia

sobre la fotografía en tanto testigo incommovible. Apenas veinte años separan las monografías clásicas en las que se afirmó la autoridad etnográfica de la muerte de Leopold von Ranke (1795-1886), figura central del historicismo, cuyo lema era restituir el pasado tal como efectivamente había sido. Prácticamente contemporáneo suyo fue Louis Daguerre (1787-1851). En 1922 Siegfried Kracauer criticó en las dos direcciones, en la de la historia y la de la fotografía, el afán totalizador y realista. Si el historicismo se esforzaba por reconstruir lo más precisamente posible el continuo temporal, no por azar, para explicarlo, se recurre a la fotografía: «La fotografía ofrece un continuo espacial; el historicismo quisiera cumplir con el continuo temporal. Para el historicismo, de lo que se trata es de hacer una fotografía del tiempo. Su fotografía del tiempo corresponde a una película gigantesca que representara desde todos los ángulos los acontecimientos a él ligados».<sup>6</sup> En general la etnografía del periodo de la constitución de su autoridad no fue historicista. Más bien lo contrario. Pero desde el punto de vista fotográfico su ideal sí que era el dar cuenta de la totalidad «espacial», vale decir de la totalidad social según un mosaico de instantáneas interminable. Es notable que cuando Geertz aborda en su libro *El antropólogo como autor* la obra de Evans-Pritchard y Malinowski, a un capítulo lo llame «Imágenes exóticas. Las diapositivas africanas de Evans-Pritchard»; mientras que en el dedicado a Malinowski, como bien apunta el traductor de la edición española, juegue con la fonética de *I-Witnessing* («yo testifical» o «testimonial») casi confundible con *Eye-Witnessing* (literalmente, «testimoniar ocularmente»)<sup>7</sup>. Pero Geertz usa «diapositivas» no literalmente, sino en un sentido metafórico para referirse a la manera de la escritura, al estilo. El análisis de la imagen fotográfica por sí ni se menciona.

Este libro que el lector tiene entre sus manos también aborda la crítica de la fotografía en un doble aspecto, deslindando los usos exóticos de los etnográficos, y criticando cada uno de esos usos que en cuanto fueron públicos fueron, por tanto, políticos en sentido amplio. Esa es la razón de que, junto al caso central de las concepciones fotográficas de Griaule y los suyos en el momento de la Misión Dakar-Djibouti, se aborden comparativamente los casos de Boas, Malinowski, Margaret Mead y Bateson. Libro de historia de la antropología, de crítica de la misma en su edad de oro etnográfica, contribución a una historia de la práctica fotográfica en uno de sus respectos fundamentales. Pero este libro versa también acerca de cómo etnografía y fotografía contribuyeron, en sus diversos entendimientos y relaciones, a nuestra imagen del mundo (en el sentido que para Wittgenstein tiene el concepto de *Weltbild*). Por tanto un libro que es asimismo de antropología filosófica, si es que por ella ha de entenderse –y creo que también así debe entenderse– una crítica de la antropología empírica.

6 Kracauer, Siegfried: «La fotografía», en *Estética sin territorio*. Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de la Región de Murcia, 2006, p. 279.

7 Véase la nota 1 (p. 83) del libro de Clifford Geertz *El antropólogo como autor* (trad. Alberto Cardín). Paidós, Barcelona 1989.

col·lecció  
inter  
cànvis 2



## **La Pluma y la Cámara**

Antropología y Memoria Colonial  
en Blanco y Negro

Hasan G. López Sanz

# LA PLUMA Y LA CÁMARA

Antropología y Memoria Colonial  
en Blanco y Negro

Hasan G. López Sanz

Copyright de los textos: el autor

Copyright 2014 de esta edición: Museu Valencià d'Etnologia-Diputació de València

Maquetación, diseño de portada y de la colección: Gráficas Sedaví

Coordinación técnica: Robert Martínez Canet

Tirada: 750 ejemplares

Impresión: Gráficas Sedaví

Depósito Legal: V-2776-2014

ISBN: 978-84-7795-707-2

**PRÓLOGO**..... 7  
 Black & White ..... 8

**INTRODUCCIÓN** ..... 15

**PRIMERA PARTE**

FOTOGRAFÍA Y ANTROPOLOGÍA EN EL SIGLO XIX ..... 23

CAPÍTULO 1. La aparición de la fotografía y sus primeras aplicaciones al conocimiento científico ..... 25

*De la pintura a la fotografía. Características del nuevo procedimiento ..* 26

*La fotografía y sus aplicaciones científicas. El «momento Daguerre» y la defensa del daguerrotipo por François Arago .....* 27

CAPÍTULO 2. Fotografía y antropología en el siglo XIX. Entre ciencia y exotismo ..... 33

*Consideraciones generales.....* 34

*Antropología física y aplicación de la fotografía a los estudios raciológicos .....* 36

*Fotografía etnográfica y confusión de géneros. El desplazamiento de los antropólogos sobre el terreno y el terreno en la propia casa .....* 47

*Sociedades de sabios y museos de antropología.....* 55

*Las políticas coloniales y el papel de la fotografía en su legitimación.....* 58

**SEGUNDA PARTE**

EL CAMBIO DE SIGLO Y LOS USOS PÚBLICOS DE LA FOTOGRAFÍA POR LA NUEVA ANTROPOLOGÍA CIENTÍFICA..... 61

CAPÍTULO 3. El «momento Kodak» y la reproducción de imágenes en prensa, revistas ilustradas, fotolibros y publicaciones antropológicas.... 63

CAPÍTULO 4. Las fotografías del Crucero negro Citroën (1924-25). Confusión de géneros en las representaciones públicas de la otredad cultural ..... 71

|  |     |
|--|-----|
| <i>La expedición Citroën: la expansión de la industria del automóvil en las colonias africanas</i> .....                                   | 72  |
| CAPÍTULO 5. Poblados negros y exposiciones coloniales: exotismo y colonialismo en la puesta en escena de las sociedades colonizadas.....   | 87  |
| <i>Los usos públicos de las fotografías de los poblados negros. Entre exotismo y política</i> .....  | 88  |
| <i>La Exposición Colonial de París, 1931. Imagen y política colonial</i> .....   | 94  |
| <b>TERCERA PARTE</b>   |     |
| LA RELACIÓN ENTRE FOTOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA EN EL ORIGEN DE LA ANTROPOLOGÍA.....   | 107 |
| CAPÍTULO 6. La Misión Dakar-Djibouti: la construcción de la etnología académica francesa .....   | 109 |
| <i>Marcel Griaule. La construcción de la etnología académica francesa</i> .....  | 110 |
| <i>La Misión Dakar-Djibouti en el contexto social, artístico y político de la Francia de entreguerras</i> .....                            | 115 |
| <i>El Instituto de Etnología de la Universidad de París y la profesionalización de la etnología</i> .....                                  | 116 |
| <i>Lo exótico en lo cotidiano: etnografía, «arte negro» y surrealismo</i> .....  | 129 |
| <i>El proyecto de la Misión Dakar-Djibouti. Una autoridad etnográfica definida frente a la tradición británica malinowskiniana</i> .....   | 134 |
| <i>La Misión Dakar-Djibouti y la herencia del funcionalismo de Marcel Mauss. Los objetos como manifestaciones de hechos sociales</i> ..... | 151 |
| CAPÍTULO 7. La fotografía como herramienta metodológica en la construcción de la etnología académica francesa .....                        | 159 |
| <i>La fotografía en la tradición etnológica francesa: las enseñanzas de Marcel Mauss</i> .....   | 160 |
| <i>Las fotografías de la Misión Dakar-Djibouti. Consideraciones sobre la fotografía en la nueva etnología</i> .....                        | 164 |

|   |     |
|---|-----|
| <i>Marcel Griaule. La fotografía aérea y su aplicación a la investigación etnográfica</i> .....   | 175 |
| <i>Práctica fotográfica y condiciones de producción de las fotografías en la Misión Dakar-Djibouti</i> .....  | 179 |
| CAPÍTULO 8. La fotografía en la construcción de la antropología norteamericana y británica: Boas, Malinowski, Bateson y Mead.....                     | 187 |
| <i>Franz Boas. La naturaleza fenoménica de la fotografía y su incapacidad para revelar la mente del hombre primitivo</i> .....                        | 188 |
| <i>Bronislaw Malinowski y la fotografía. Desde el Notes and Queries on Anthropology a la observación participante</i> .....                           | 192 |
| <i>Margaret Mead y Gregory Bateson: un acercamiento al ethos desde la fotografía</i> .....  | 199 |
| CAPÍTULO 9. El etnógrafo que se observa en imágenes.....  | 211 |
| <i>La fotografía en la construcción de la autoridad etnográfica</i> .....   | 212 |
| <i>El etnógrafo que se observa en imágenes: la Misión etnográfica y lingüística Dakar-Djibouti auto-fotografiada</i> .....                            | 212 |
| CAPÍTULO 10. Políticas de la fotografía en antropología. Del terreno al texto y al archivo .....  | 217 |
| Las fotografías de la Misión Dakar-Djibouti: divulgación y saber en los usos públicos de la imagen.....   | 218 |
| Bronislaw Malinowski. Los usos de la fotografía en Argonauts of the Western Pacific, The Sexual Life of Savages y Coral Gardens and their Magic ..... | 225 |
| Margaret Mead y Gregory Bateson: Balinese Character. A Photographic Analysis.....   | 227 |
| CAPÍTULO 11. ¿Fotografía antropológica o antropologizada? Políticas de la fotografía en el archivo de un museo .....                                  | 231 |

|   |     |
|---|-----|
| A MODO DE CONCLUSIÓN .....                                      | 243 |
| <i>Fotografías que ver, horizontes hacia donde apuntar.....</i> | 244 |
| <b>IMÁGENES .....</b>   | 259 |
| <b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>  | 279 |
| <b>ÍNDICE.....</b>  | 297 |